

RUTA "CASTILLOS DE TOLEDO"

Catorce intrépidos en la provincia de Toledo

En esta ocasión, quedamos todos en la población de Mérida a la hora habitual. Esta ruta cerraba el año 2010 y era el prelude de las más que merecidas vacaciones de Navidad, las Fiestas y la entrada, siempre excitante, de un nuevo año, lleno de promesas, anhelos y deseos. Catorce, éramos catorce, los intrépidos caballeros cuando nos pusimos en marcha. Entre ellos varios nuevos integrantes. Como suelo hacer, no menciono a nadie para no dejarme a alguno porque, a pesar de todos mis denodados esfuerzos, ¡no consigo acordarme de la gente nueva!

Los primeros tramos nos llevaban a través de paisajes de dehesa toledana (permítidme la licencia poética) que a nosotros en particular nos recordaba los paisajes de la zona de Zamora. Monte bajo, más bien escaso, y encinas, iban decorando los caminos que transitábamos hacia el primero de los variados obstáculos que el rutómetro nos prometía para la jornada.

Sin embargo, una vez llegamos hasta allí, el buen juicio, y Juanma, nos aconsejaron acercarnos sólo a ver la torrentera que era el primer obstáculo, porque dadas sus dimensiones, la cosa más bien auguraba un largo y complicado ratito para pasarla, cuando no, algún que otro daño a nuestros coches. Y contando que el día no hacía más que empezar, parecía razonable dedicar los esfuerzos a hacer la mayor parte de ruta posible, y a disfrutar de los siguientes pasos que eran más razonables y que prometían ser no menos excitantes. No obstante, Fidel y su Mitsu lo intentaron, sin conseguirlo al final, pero con un montón de ganas y el empuje de los que le mirábamos. Ello sirvió eso sí, para que todos sacáramos a relucir ese "experto" todoterreno que llevamos dentro y organizáramos una divertida discusión sobre las múltiples alternativas para pasar fácilmente..., pero ya no lo intentamos, por si acaso. Al final, con la ayuda de todos (espíritu Wheeltracks), el Mitsu salió del atolladero y continuamos la ruta.

Rodamos por preciosos páramos, subiendo y bajando alternativamente en una sucesión de pequeños valles, llenos de verdor y vegetación. Uno de estos valles era el destino siguiente de nuestro andar. Allí, tras una bajada importante e interesante, nos encontramos en una gran poza con varias subidas y bajadas. Como siempre, había la subida más complicada y la más accesible, y como siempre todos tiramos por la más difícil... ¡la cabra siempre tira al monte!. Allí, con las siempre ilustrativas y educativas instrucciones de Juanma (que otros menos acostumbrados calificarían simple y llanamente de voces) fuimos uno a uno subiendo, disfrutando de cada bote de nuestros coches, atravesando las torrenteras que teníamos. Luego, un rodeo por la cima y bajada otra vez importante para disfrutar.

A pesar de los improbables esfuerzos de Juanma, casi todos acabamos probando también la subida fácil, para volver a bajar. Allí estaba Juanma a punto de sacar la

escopeta para poder juntarnos a todos y conseguir que siguiésemos la ruta.

La "vaquita", que abría la excursión, se encontró frente a frente con sus congéneres las ovejitas, lo cual le dio un punto más bucólico a la cosa. ¡Por Dios, sólo nos faltaron las hadas y los elfos echándonos pétalos de flores desde las alturas! Desde aquí enfilamos unos divertidos caminos que, gracias al barro y las pozas de agua, nos llevaron casi sin darnos cuenta hasta Maqueda, a los pies de cuyo castillo montamos el campamento para la comida.

Poco a poco la noche se nos iba echando encima, pero antes de ello llegamos a Escalona. Parada junto al castillo para, cómo no, hacemos una foto de nuevo y luego, en la salida de Escalona, otra de las zonas bonitas. Una bajada muy pronunciada, con un punto intermedio donde la inclinación aumentaba, ponían a prueba, más que a nuestros coches, que iban sobrados, a nosotros y a nuestros copilotos y acompañantes. Los míos cada día disfrutaban más de esto. A medida que el miedo inicial va dando paso a la confianza en papi y el coche (pobres incautos), van disfrutando más y más. Al final de esta bajada, un vadeo importante servía para dejar algo del barro de los bajos... ¡y seguimos para bingo! Atravesando bosques con los últimos rayos de sol, convertidos en mágicos y enigmáticos caminos que la noche confundía con su manto. En el tramo final, otra trialera con torrenteras. La subida, hecha además ya con los focos de los coches encendidos, y la escasa luz del anochecer, se daba a magníficas fotos para nuestros profesionales del sector.

Juanma se preocupó como siempre de que todo fuese perfecto, para lo cual se tuvo que pegar una respetable carterita en busca de dos componentes que momentáneamente extraviaron el camino, confundidos más por la falta de luz que por la dificultad misma. Pero todo quedó en una anécdota más de este día.

Y para el final nos quedaba una pequeña sorpresa. Dado que la noche ya se nos echaba encima, Juanma nos comentó que había dos alternativas para cerrar la ruta desde donde estábamos, una era ir directos por carretera hasta Villanueva del Prado, lo cual significaba un rodeo, y la otra era tirar por un camino vecinal que desde siempre ha unido la urbanización donde nos encontrábamos, con la mencionada villa (como anécdota, en los navegadores figura como carretera a pesar de no estar asfaltada). Tras las dudas iniciales y discusiones varias, acabamos tirando por este camino... ¡y bendita elección!, porque como cierre de ruta estuvo muy, pero que muy bien. Las enormes pozas de agua sirvieron para disfrutar un montón y lavar los bajos de los coches.

Trialeras, vadeos, pozas y barro nos esperaban en esta propuesta de nuestros amigos de Wheeltracks

